

# Arqueología prehistórica y antropología social: una mirada sobre dos disciplinas hermanas que trabajan sobre lo inefable

Sophie A. de Beaune<sup>2</sup>

## Palabras clave

Epistemología  
Arqueología prehistórica  
Etnología  
Interpretación  
Dato arqueológico

## Resumen

La autora reflexiona sobre el estatus epistemológico de la arqueología prehistórica, y más particularmente sobre el estatus del dato ("fait") arqueológico, que en un cierto modo puede ser puesto en paralelo con la palabra registrada por el etnólogo. Sin poner en cuestionamiento el avance de los conocimientos sobre la prehistoria, la autora llama a asumir una cierta modestia frente a la fragilidad de las hipótesis arqueológicas, ampliamente interpretativas.

Prehistoric archaeology and social anthropology: two related disciplines working on ineffable

## Abstract

This paper questions the epistemology of prehistoric archaeology. In particular, the author analyses the epistemological value of the concept of 'archaeological fact'. She suggests that this value can be compared to that of the words recorded by the anthropologist during his fieldwork. Without calling into question the progress of archaeological science, the author calls for a certain 'epistemological modesty', considering the fragility of archaeological hypotheses that are, for the most part, highly interpretive.

## Keywords

Epistemology  
Prehistoric archaeology  
Social anthropology  
Interpretation  
'Archaeological fact'

1 Traducido del Francés por Maria Estela Mansur (CADIC-UNTDF).

2 Université Jean Moulin Lyon 3 y UMR 7041 Archéologies et Sciences de l'Antiquité, équipe Ethnologie préhistorique (France). sophie.de-beaune@mae.cnrs.fr

El nacimiento de una nueva revista es siempre un acontecimiento intelectual estimulante. Esto es más que cierto en el caso de la revista *Fuegia. Revista de Estudios sociales y del Territorio*, que no será una enésima revista de arqueología apuntando a hacer el inventario de los descubrimientos recientes. Ella tiene en realidad un objetivo más general, ya que se interesará en las ciencias sociales y humanas, entre ellas la filosofía, la antropología cultural y la arqueología. La aparición de este primer número de la revista es una ocasión para revisar los marcos epistemológicos de la antropología y de la arqueología y más particularmente de la arqueología prehistórica, que se distingue de ellas por la ausencia de fuentes escritas.

No es necesario recordar aquí en qué consiste el enfoque etnoarqueológico, hoy perfectamente conocido, dominado y desarrollado en numerosos países, un enfoque que en el fondo no es más que un modo de utilizar los datos etnográficos como un fondo documental para extender el campo de lo posible.

Mi deseo es otro: se trata de reflexionar sobre el objeto mismo de la investigación, es decir sobre el estatus del dato (*fait*) arqueológico, que es posible comparar, como veremos, con la palabra del informante recogida por el etnólogo<sup>3</sup>.

Es bien sabido que la antropología cultural y la arqueología prehistórica han estado muy próximas, tanto desde el punto de vista institucional como desde el punto de vista intelectual<sup>4</sup>. En el siglo XIX, se asimilaba al hombre prehistórico a esos hombres "salvajes" que habían sido descubiertos en el transcurso de los siglos precedentes. Los defensores del evolucionismo cultural en particular, siguiendo al mismo Darwin, consideraban a aquellos que durante mucho tiempo habían sido llamados los « primitivos » como fósiles vivientes de la especie humana, incluso como descendientes directos de nuestros ancestros prehistóricos, que reflejaban en el presente lo que aquellos habían sido en el pasado. Desde esta perspectiva, que fue denominada "comparatismo etnográfico", era suficiente que dos sociedades compartieran uno o dos rasgos para que se las considerara semejantes. Así, a partir del momento en que, por ejemplo, una

<sup>3</sup> Fragmentos de este texto han sido extraídos de Beaune 2016.

<sup>4</sup> Por ejemplo, en Norteamérica, la arqueología en general (incluyendo a la arqueología prehistórica) es uno de los cuatro campos que componen la antropología (junto a la antropología cultural, la antropología social y la lingüística). En Francia, por el contrario, la arqueología suele incluirse en la universidad en departamentos de historia, de antropología social e incluso de geología, en el caso del período prehistórico.

determinada sociedad utilizaba un instrumental de piedra que evocaba de lejos el que se exhuma en los sitios arqueológicos, dicha sociedad era considerada semejante a las sociedades del pasado que dejaron esos vestigios arqueológicos. Este "comparatismo etnográfico" fue luego fuertemente criticado (*i.e.* Gould y Watson 1982; Wylie 2002) pero, en los años 1970, ciertos investigadores comenzaron a retornar a él, aunque esta vez tomando más precauciones. Para ellos, se trataba esencialmente de extender el campo de las posibilidades, en paralelo con otros enfoques como la experimentación. El recurso a la etnografía es particularmente fecundo en el campo de las técnicas, ya que es cierto que, en todo tiempo y en todo lugar, la materia ejerce las mismas limitaciones sobre quienes fabrican o utilizan los instrumentos. Pero el comparatismo a la antigua permanece aún hoy, cuando algunos consideran que las sociedades humanas están regidas por constantes y pueden ser catalogadas al igual que los fenómenos geológicos o climáticos. Muchos prehistoriadores se han rebelado recientemente contra esta visión restrictiva de las sociedades del pasado (por ejemplo Butterlin 2012; Brun y Michelet 2012).

### De las sociedades inmóviles a las sociedades históricas

En el otro sentido, el aporte de la arqueología prehistórica, y de un modo general, de la arqueología<sup>5</sup>, a la antropología cultural es relativamente reciente. El mismo consiste sobre todo en la toma de conciencia sobre la profundidad histórica de las sociedades estudiadas por el etnólogo, que ha tenido demasiada tendencia, desde el origen de esta disciplina, a considerar a las sociedades no occidentales como sociedades fijadas en el tiempo, sin historia. La creencia en la estabilidad de las sociedades está tan profundamente anclada que hasta tiene sus propios teóricos (*cf.* sobre este tema de Beaune 2001). Esta idea es admitida con tanta facilidad, sin duda, porque se trata de nuestra manera natural de concebir otras sociedades. Sin embargo, uno puede cuestionarse sobre su validez, e incluso avanzar la hipótesis que la idea de que existen sociedades inmóviles es una idea falsa.

<sup>5</sup> En Francia y en general en Europa, el estudio de la prehistoria constituye una de las especialidades de la arqueología, que incluye otras como la arqueología clásica, galo-romana, medieval, moderna, etc.

Claude Lévi-Strauss reconocía que todas las sociedades tienen una historia, en tanto que todas han conocido períodos de prosperidad o de crisis, migraciones... pero él distinguía entre las sociedades frías, cuya preocupación predominante sería la de perseverar en su esencia, y las sociedades cálidas, que evolucionarían y no cesarían de acumular nuevas adquisiciones (Lévi-Strauss 1973: 40-42). Así tendríamos, por un lado, sociedades ligadas a su pasado y esforzándose por vivir de modo inmutable como lo han hecho sus padres; por otro, nuestras sociedades modernas, que valorizan lo novedoso. En realidad, nuestras sociedades, con sus archivos, con su preocupación por conservar un patrimonio, conservan mucho más "pasado" que las sociedades tradicionales, en tanto que varios ejemplos etnográficos muestran que sociedades supuestamente frías también evolucionan, incluso si, al no tener archivos, pueden percibirse como inmóviles. Es el caso por ejemplo de los Ashantis de Ghana, que consideran que sus poemas de cortejo, ejecutados por una casta de poetas especializados, no han variado desde hace siglos. Sea falsa o verdadera esta afirmación, no es menos cierto que esos poemas son hoy incomprensibles para ellos, lo que indica que su lengua al menos se ha modificado, con todo lo que ello implica (Rattray 1916, citado por Jousse 1981: 267).

Si regresamos a la prehistoria, los vestigios archivados en la naturaleza permiten afirmar que no se trataba de sociedades inmóviles. El simple hecho que estas sociedades se hayan movido, que se hayan desplazado en sus circuitos nomádicos y para poblar nuevos territorios, es suficiente para mostrar que sucedieron cosas. Recordemos también que no podemos decir nada sobre la evolución de los artefactos de madera, de pieles, de fibras vegetales... ni sobre la de la cultura no material, artística o religiosa.

Un buen ejemplo de la reciente toma de conciencia sobre la duración de estas sociedades es el coloquio « *La préhistoire des autres. Comment l'archéologie et l'anthropologie abordent le passé des sociétés non occidentales* » que se llevó a cabo en el museo del quai Branly en París (Francia) en enero de 2011 (Schlanger y Taylor 2012). Esta nueva dimensión histórica conferida a las sociedades consideradas como situadas del otro lado de la línea del «Grand Partage»<sup>6</sup> ya estaba en

6 La tradición antropológica del « Grand Partage » (la gran separación; los ingleses dicen *great divide*) consiste en estipular la existencia de una línea unívoca de separación entre dos tipos, y solamente dos, de sociedades y

las ideas de los tiempos que corren, como lo testimonian los alegatos de algunos antropólogos (cf. entre otros Bensa 2006; Bazin 2008 [2000]).

### ¿Que es el dato arqueológico?

El arqueólogo y el etnólogo se acercan también en otro aspecto. El etnólogo trabaja a partir de datos orales que desaparecen en cuanto son pronunciados (Casajus 2012: 178-179) y de los cuales no guarda más que el recuerdo y el registro, palabras que son eventualmente transcritas en un cuaderno o grabadas; el arqueólogo destruye los pisos de ocupación antiguos a medida que los excava y no conserva de ellos más que los vestigios materiales que contenían, con los registros topográficos y fotográficos que haya podido realizar. Ambos -a diferencia del historiador, que tiene siempre el recurso de retornar a los archivos escritos- trabajan a partir de una materialidad eminentemente volátil. El antropólogo puede preguntarse qué habría dicho, en la misma circunstancia, otro informante, o si la entrevista hubiese tenido lugar en otro momento del día, del año, de la vida del informante. Igualmente, la naturaleza y la cantidad de los datos arqueológicos disponibles ¿habrían sido los mismos si el arqueólogo hubiese sido otro, poco experimentado, o al contrario, más calificado? ¿Si hubiera excavado en otro sector del sitio? ¿Si el tiempo acordado a la realización de las excavaciones hubiera sido más corto, o al contrario más largo? ¿Si los medios de análisis de los que disponía no hubieran sido los mismos? ¿Si su problemática de investigación hubiera sido otra? Las respuestas evidentes a estas preguntas muestran hasta qué punto nuestras observaciones son eminentemente variables en función del contexto de la investigación arqueológica y antropológica.

Por lo tanto, hay que admitir que el vestigio arqueológico no contiene una verdad inscrita en él como una inscripción en una pieza de mármol, lo cual conduce a que nos interroguemos sobre el estatus del "dato" arqueológico.

Los antropólogos y los historiadores, por su parte, han iniciado esta reflexión hace mucho tiempo, y han cuestionado de manera insistente la existencia de una "verdad" que habría que exhumar, como se imagina-

de culturas: sociedades primitivas y sociedades civilizadas, sociedades simples y sociedades complejas, sociedades tradicionales y sociedades modernas, etc. (Lenclud 1996).

ba todavía en la primera mitad del siglo XX (i.e. Bazin 2008 [1996], Marrou 1975 [1954], Rheinberger 2011). Las técnicas de encuesta desplegadas por los etnólogos de la época de entreguerras apuntaban a inventariar, a poner en ficha y en vitrina, no sólo los objetos de las culturas estudiadas, sino también sus "riquezas culturales y espirituales". De esta manera, Marcel Griaule pensaba que en la « cultura » dogon estaba inscrita una metafísica dogon, y que al etnógrafo le correspondía sacarla a la luz, las informaciones recogidas por los informantes pudiendo ser prácticamente asimiladas a revelaciones (Jolly 2001).

El mismo Leroi-Gourhan pensaba que era necesario disociar el hecho de la interpretación:

*« Cette nécessité, propre à la préhistoire, de séparer clairement l'établissement des faits de leur interprétation commande non seulement l'existence d'un processus de photographie et de relevé sans commune mesure avec ce dont la tradition des recherches s'est satisfaite dans le passé, mais elle commande aussi la constitution d'une sémantique qui permette de prolonger indéfiniment, de chercheur en chercheur, les possibilités de l'interprétation. »* (Leroi-Gourhan 1982 [1969]: 264) <sup>7</sup>.

En realidad, ya se trate de un documento de naturaleza histórica, exhumado en archivos, o antropológico, recogido en encuestas de campo, dicho documento no será testimonio de nada hasta que no haya sido considerado como tal por el historiador o el antropólogo. La palabra pronunciada no adquiere sentido sino por el estatus que le confiere el antropólogo (Casajus 2009). Esta es exactamente la idea expresada por Gérard Lenclud con respecto al documento histórico: « bien plus que trouvé, un document est créé dès lors que quelque chose [...] est érigé en indice, c'est-à-dire rendu signifiant par la question qu'on s'avise de lui poser » (Lenclud 2013: 56)<sup>8</sup>.

Cualquier vestigio puede convertirse en un documento para cualquier pregunta. Arlette Farge lo dice de otra manera : « Aucun document ne tire sens de lui-même. [...] Les faits, qu'ils proviennent ou non de documents, ne peuvent être employés par l'historien tant qu'il ne les a pas traités : et cet emploi constitue, si je puis dire, le processus même du traitement » (Farge 1989: 115)<sup>9</sup>.

Del mismo modo, el vestigio arqueológico no existe en tanto que tal, sino por el hecho que el arqueólogo

le asigna el estatus de indicio. No es por azar que el descubridor de un sitio o de un vestigio particular es jurídicamente considerado como su "inventor" (Bonnot 2014: 181). El prehistoriador es en esto semejante al historiador, preocupado por el detalle, porque si bien no elige lo que va a exhumar del suelo, el investigador selecciona y conserva lo que juzga digno de interés. Y si los conocimientos son tributarios de lo que encuentra, lo son también de lo que busca. La mayor parte del tiempo él es consciente de este problema, y por lo tanto tiene la preocupación de conservar los vestigios en buenas condiciones, para permitir a otros volver a estudiarlos, incluso mucho tiempo después. En eso busca aproximarse al historiador, que tiene la posibilidad de retomar la misma pieza de archivo una ilimitada cantidad de veces para tratar cuestiones diferentes. Ya hemos remarcado que el modo de tender hacia eso es realizar un registro de datos tan exhaustivo y preciso como sea posible. Pero esto no es cosa fácil, ya que es bien difícil prever lo que las tecnologías futuras permitirán analizar.

En efecto, los datos de los que dispone el prehistoriador no son explícitos por sí mismos. Numerosos vestigios prehistóricos no se asemejan a nada conocido y no pueden ser identificados como de interés arqueológico sino después de haber pasado entre las manos de un especialista. Esta es la razón que explica por qué los arqueólogos principiantes no identifican su naturaleza inmediatamente. Un fragmento óseo muy dañado todavía envuelto en su ganga de tierra puede ser fácilmente confundido con un clasto sin interés. Por otra parte, aun cuando hoy en día se busca recolectar el máximo de vestigios y registrar el máximo de informaciones posible, este no ha sido siempre el caso en el pasado. Así, los carbones de madera presentes en los niveles excavados en el siglo XIX, eran considerados como inútiles y no se los conservaba, incluso si sucedía que se señalaba su presencia. Del mismo modo que en el siglo XIX se subestimaba todo el potencial informativo de los carbones de madera, también se ignoraba en la primera mitad del siglo XX que era posible extraer ADN a partir del colágeno de los huesos para establecer un perfil genético o para proceder a un análisis isotópico susceptible de revelar el tipo de alimentación consumida durante su vida por el feliz portador del hueso en cuestión.

Todo esto se une a las observaciones de Marrou, que subrayaba que el historiador no puede ser consi-

derado como un simple aparato que registra el pasado y que en su trabajo hay una parte eminentemente personal y construida (Marrou 1975 [1954]:49). Es, de otra manera, lo que decía Bronislaw Malinowski en 1944 : «Il n'est pas de description qui soit vierge de théorie». <sup>10</sup> (Malinowski 1968 [1944] : 9 de la edición electrónica).

A esta altura ya está claro que « la première illusion à combattre est[-elle] celle du récit définitif de la vérité » (Farge 1989: 115)<sup>11</sup>. Se plantea entonces una pregunta. Si el establecimiento de los hechos en sí mismo es frecuentemente objeto de controversias, existe un núcleo duro de nuestros conocimientos, que sea irreductible a toda interpretación, y sobre el cual podamos apoyarnos? La respuesta es evidentemente sí: en efecto no se puede negar la realidad bruta de los rastros -el vestigio arqueológico dejado en el suelo, los archivos demostrando que algo sucedió. Es sobre este "núcleo duro" donde cada uno se apoya para construir sus hipótesis interpretativas. Si no hay una verdad inmutable, intangible, para descubrir, hay vestigios brutos que pueden ser asimilados a los "hechos brutos" del historiador. Los únicos que se autorizan a negar esta realidad son los "negacionistas" que evidentemente no tienen su lugar en la comunidad científica. Sin embargo es necesario agregar que, como ya he dicho, solo nuestras preguntas transforman esos rastros en testimonios, y que estas preguntas son obviamente cambiantes.

En arqueología prehistórica, la situación es completamente distinta, ya que puede suceder que los "hechos brutos" en sí mismos sean controvertidos. Es el caso por ejemplo de la realidad de instrumentos europeos muy antiguos, que serían anteriores a 1,5 millón de años, que está en amplio debate (i.e. Raynal *et al.*, 1995, Raynal y Magoga 2000). Es bien cierto que los objetos existen y que nadie discute su realidad material, sin embargo hay quienes niegan que hayan sido tallados por el hombre, mientras que otros ponen en duda su antigüedad. Además, un "dato arqueológico" es susceptible de cambiar de estatus según los análisis a los que se lo somete. Incluso las categorías no son estables y evolucionan. Un fragmento óseo podrá entonces ser tratado como un desecho culinario o como un desecho técnico según su contexto de descubrimiento.

## A modo de conclusión

Sea en antropología, en arqueología o incluso en historia, es evidente finalmente que el "dato" es indisoluble de la idea que uno se hace de él. Del mismo modo que una esquila ósea es un instrumento sólo para quien sabe reconocerlo, una práctica funeraria no es un ritual más que para quien lo ha definido como tal. Si los historiadores, antropólogos y arqueólogos terminan generalmente por ponerse de acuerdo, es al precio de numerosas discusiones para saber qué se entiende por tal o cual hecho. Y una buena parte de su trabajo -al menos en el caso de los prehistoriadores- consiste precisamente en ponerse de acuerdo sobre la identificación de los vestigios que sacan a la luz.

Es en el fondo lo que hace que estas disciplinas sean disciplinas históricas que flotan en « le flux irréversible du temps » (Casajus 2009: 2)<sup>12</sup>. Se puede decir lo que Jean-Claude Passeron decía de la sociología, que no podía ser una ciencia experimental en el modo de la física, ya que si el físico puede repetir una experiencia, el sociólogo observa « configurations jamais réitérées dans le cours de l'histoire ou dans l'espace des civilisations » (Passeron 1991: 367)<sup>13</sup>.

## Agradecimientos

Deseo expresar todo mi agradecimiento a Maria Estela Mansur, que tradujo mi texto al español, y a los tres evaluadores cuyas pertinentes observaciones permitieron mejorar este trabajo.



## Notas

7 N del T: "Esta necesidad, propia de la arqueología prehistórica, de separar claramente el establecimiento de los hechos de su interpretación, demanda no sólo la existencia de un proceso de fotografía y de relevamiento sin paralelo con aquello con lo que la tradición de las investigaciones se satisfacía en el pasado, sino que demanda también la construcción de una semántica que permite prolongar indefinidamente, de investigador en investigador, las posibilidades de la interpretación".

8 N del T: "mucho más que descubierto, un documento es creado desde el momento en que algo [...] es considerado como indicio, es decir transformado en significativo por la pregunta que se nos ha ocurrido plantearle".

9 N del T: "Ningún documento adquiere sentido por sí mismo [...] Los hechos, provengan o no de documentos, no pueden ser empleados por el historiador si previamente no los ha tratado: y ese empleo constituye, si puedo decirlo así, el proceso mismo del tratamiento".

10 N del T: "No existe descripción que sea virgen de teoría".

11 N del T: "La primera ilusión a combatir es la del relato definitivo de la verdad".

12 N del T: " el fluir irreversible del tiempo".

13 N del T: "configuraciones jamás reiteradas en el curso de la historia o en el espacio de las civilizaciones".

## Referencias citadas

BAZIN, J.

2008 [1996] Des clous dans la Joconde, En *Des clous dans la Joconde. L'anthropologie autrement*, editado por J. Bazin, pp. 520-545. Anacharsis, Essais, Toulouse.

2008 [2000] L'anthropologie en question : altérité ou différence ?, En *Des clous dans la Joconde. L'anthropologie autrement*, editado por J. Bazin, pp. 35-50. Anacharsis, Essais, Toulouse.

BEAUNE, S. A. DE

2001 Le temps suspendu de la préhistoire. *La Recherche*, hors-série 5: 100-103.

2016 *Qu'est-ce que la Préhistoire ?* Gallimard, Folio histoire, Paris.

BENSA, A.

2006 *La fin de l'exotisme. Essais d'anthropologie critique*. Anacharsis, Toulouse.

BONNOT, T.

2014 *L'attachement aux choses*. CNRS Éditions, Le passé recomposé, Paris.

BUTTERLIN, P.

2012 Archéologie et sociologie : le cas de l'Orient ancien. En *L'Archéologie à découvert*, editado por S. A. de Beaune y P.-H. Francfort, pp. 184-193. CNRS Éditions, Paris.

BRUN, P. Y D. MICHELET

2012 Organisation politique et archéologie. En *L'Archéologie à découvert*, editado por S. A. de Beaune y P.-H. Francfort, pp. 193-201. CNRS Éditions, Paris.

CASAJUS, D.

2009 L'ethnologue, l'historien et le deuil de la voix. *Ateliers d'Anthropologie* 33, La relation ethnographique, terrains et textes. Mélanges offerts à Raymond Jamous, pp 1-10. En línea: <http://ateliers.revues.org/8200>.

2012 *L'aède et le troubadour. Essai sur la tradition orale*. CNRS Éditions, Paris.

FARGE, A.

1989 *Le goût de l'archive*. Le Seuil, Points Histoire, Paris.

GOULD, R. A. Y P. J. WATSON

1982 A Dialogue on the Meaning and Use of Analogy in ethnoarchaeological Reasoning. *Journal of Anthropological Archaeology* 1 (4): 355-381.

JOLLY, É.

2001 Marcel Griaule, ethnologue : la construction d'une discipline (1925-1956). *Journal des Africanistes* 71 (1): 149-190.

JOUSSE, M.

1981 *Le style oral, rythmique et mnémotechnique chez les verbo-moteurs*. Fondation Marcel Jousse, Paris.

LENCLUD, G.

1996 Le grand partage ou la tentation ethnologique. En *Vers une ethnologie du présent*, editado por G. Althabe, D. Fabre y G. Lenclud, pp. 9-37. Éditions de la Maison des sciences de l'homme, Paris. En línea: <http://books.openedition.org/editionsms/3875>.

2013 *L'universalisme ou le pari de la raison. Anthropologie, histoire, psychologie*. EHESS – Gallimard – Le Seuil, Paris.

LEROI-GOURHAN, A.

1982 [1969], Leçon inaugurale, faite le vendredi 5 décembre 1969. Chaire de Préhistoire, Paris, Collège de France. En *Les racines du monde. Entretiens avec Claude-Henri Rocquet*, pp. 253-270. Belfond, Paris.

LÉVI-STRAUSS, C.

1973 *Anthropologie structurale deux*. Plon, Paris.

MALINOWSKI, B.

1968 [1944] *Une théorie scientifique de la culture*, Ed. Maspero, Les textes à l'appui, Paris. En línea: <http://dx.doi.org/doi:10.1522/cla.mab.the>.

MARROU, H.-I.

1975 [1954] *De la connaissance historique*. Le Seuil, Points histoire, Paris.

PASSERON, J.-C.

1991 *Le raisonnement sociologique. L'espace non-poppérien du raisonnement naturel*. Nathan, Paris.

RAYNAL, J.-P., L. MAGOGA Y P. BINDON

1995 Tephrofacts and the first human occupation of the French Massif central. The Earliest Occupation of Europe. En *Proceedings of the European Science Foundation, Workshop at Tautavel, France, 1993*, editado por W. Roebroeks y T. Van Kolfschoten, pp. 129-146. University of Leiden, Leiden, Netherlands. En línea: <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00004086/document>.

RAYNAL, J.-P. Y L. MAGOGA

2000 Quand la nature mystifie le préhistorien : Géofacts et téphrofacts dans le Massif Central. *Revue d'Auvergne. Nouvelles archéologiques*. Du terrain au laboratoire, Alliance Universitaire d'Auvergne. Société des Amis des Universités de Clermont-Ferrand, 554/555 114 (1/2) : 16-34. En línea: <https://halshs.archives-ouvertes.fr/halshs-00004071/document>.

RHEINBERGER, H.-J.

2011 Infra-experimentality: From Traces to Data, from Data to Patterning Facts. *History of Science* 49 (3): 337-348.

SCHLANGER, N. Y A.-C. TAYLOR (DIR.)

2012 *La préhistoire des autres. Perspectives archéologiques et anthropologiques*. La Découverte, Paris.

WYLIE, A.

2002 *Thinking from Things: Essays in the Philosophy of Archaeology*. University of California Press, Berkeley (Ca).